

# Enseñar y aprender tecnologías en el Dorita: una experiencia situada

Laura Penacca | Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

El Instituto Superior de Formación Docente Dora Acosta, más conocido como el Dorita, está ubicado en la Villa 31 de la Ciudad de Buenos Aires. Allí se forman maestras primarias en un contexto singular: la mayoría de las estudiantes son vecinas del propio barrio, mujeres que transitaron la escuela secundaria con esfuerzo, muchas veces interrumpiendo y retomando sus estudios. Varias son madres, sostienen hogares, trabajan fuera y dentro de sus casas. Muchas provienen de países limítrofes y debieron validar sus títulos antes de ingresar al instituto. Sus trayectorias están atravesadas por desigualdades materiales profundas: el acceso a una vivienda digna, a servicios básicos, a dispositivos y a conectividad son bienes escasos. Estudiar en el Dorita significa hacerlo en condiciones desiguales, pero también con la fuerza de una comunidad que se reconoce parte de un proyecto colectivo.

En el año 2017 comenzamos a dictar la materia Nuevas Tecnologías con el equipo docente de la cátedra Fundamentos de Tecnología Educativa a partir de un convenio firmado entre el Dorita y el Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El inicio estuvo marcado por una pregunta que nos acompañó desde el primer día: ¿cómo formar a futuras maestras en un campo atravesado por la digitalización y la cultura digital cuando las condiciones de acceso eran tan limitadas? El punto de partida fue el más elemental: preguntar qué tenían y qué usaban. Casi todas respondieron lo mismo: un celular. Decidimos entonces que ese dispositivo organizaría toda la cursada a partir del trabajo en dos entornos: un grupo de *Whatsapp* para comunicarnos o dar avisos y otro cerrado de *Facebook* ya que esta era la red social utilizada por la mayoría desde sus celulares. El grupo de *Facebook* creado en aquella primera experiencia se convirtió en memoria viva: allí se compartieron fotos de pizarrones, resúmenes de lectura, fragmentos de textos acompañados por imágenes, y también los primeros intentos de pensar la enseñanza con otros lenguajes. No era solo un espacio virtual, era la posibilidad de documentar lo que iba sucediendo en un aula donde la palabra escrita convivía con los registros digitales más básicos.

Desde el comienzo nos propusimos superar la mirada instrumental de la tecnología. La materia no pretendía enseñar “a usar” un dispositivo o una aplicación, sino abrir debates y experiencias para comprender la trama cultural en la que la infancia y la docencia estaban inmersas. Allí apareció como referencia el libro *Pulgarcita* de Michel Serres, donde se describe a los “nuevos sujetos culturales” que ya no leen, escriben ni aprenden de la misma manera: “ya no tienen la misma cabeza” (Serres, 2013: 21). A partir de esta lectura, las estudiantes realizaron producciones en múltiples formatos —textos, *collages*, infografías, dibujos, fotos de sus propios hijos haciendo la tarea con el celular en la mano—, que expresaban sus reflexiones sobre la escuela y la cultura digital. Esas miradas mostraban tanto la fascinación como la preocupación: “Los chicos son expertos, está bueno que la utilicen como herramienta de trabajo, porque también se puede usar de una forma muy mala”. Otra afirmaba

“yo vine a aprender a usar una computadora y me encontré con Pulgarcita”. Cada intervención era una puerta de entrada para pensar la escuela primaria y la docencia desde la realidad cultural de las infancias.

La materia se configuró como un espacio de creación y experimentación a partir del desarrollo grupal de propuestas pedagógicas construidas a lo largo de toda la cursada, presentadas al final para toda la clase. Una de las producciones presentadas comenzó recuperando los juegos de trivias *online*, que muchas/os niñas/os juegan con sus celulares, como una tendencia cultural contemporánea. En una primera instancia las estudiantes pensaron una clase en la cual la docente creaba una trivia para que sus estudiantes contestaran. A partir del análisis y discusión colectiva en clase, el proyecto final consistió en que las/os estudiantes de un sexto grado diseñen y produzcan trivias para jugar y compartir con otros grados en la escuela (más pequeños) sobre temas del currículum.

El día de la presentación, nuestras estudiantes trajeron esta trivia para jugar con toda la clase. A medida que íbamos respondiendo, ellas fueron explicitando las intervenciones didácticas que podrían realizar para orientar a sus estudiantes durante la producción; así como los criterios, alcances y niveles de complejidad que sus estudiantes iban a construir/transitar al momento de pensar las opciones verdaderas, las falsas, los enunciados y la selección de imágenes.

La evaluación, en este sentido, se pensó desde el inicio en clave de proceso. Analizar casos, documentar las clases, producir contenidos digitales, diseñar propuestas pedagógicas, todo formaba parte de un recorrido que se corregía y enriquecía sobre la marcha. La participación y la capacidad de revisar y ajustar fueron siempre más importantes que entregar un producto “perfecto”. Esa forma de evaluar se convirtió en una apuesta política: reconocer que aprender también es equivocarse, repensar, rehacer y compartir.

La pandemia de COVID 19 en el año 2020 significó un punto de inflexión. Con las aulas cerradas, el grupo de *WhatsApp* fue literalmente la materia. Allí realizamos encuentros sincrónicos semanales, compartimos fragmentos de textos en fotos, audios leídos en voz alta, apuntes y reflexiones colectivas. Lo que parecía apenas un recurso de emergencia se volvió una experiencia pedagógica singular: leer en colectivo subrayando párrafos, grabar audios con interpretaciones, responder con videos caseros, todo eso generó nuevas formas de producción de conocimiento. Al regresar a la presencialidad, muchas de esas prácticas se mantuvieron porque habían demostrado que la virtualidad también podía ser un espacio de construcción compartida.

En 2023 decidimos dar un paso más: abrir una cuenta de *Instagram* de la materia. Cada clase era registrada con fotos y videos, y cada semana un grupo debía armar una publicación para sintetizar los contenidos y abrir el debate. El entusiasmo fue inmediato: leer comentarios, ver quién interactuaba, sumar seguidores, todo se volvió parte de la dinámica. Pero más allá del entusiasmo, lo valioso fue que la materia quedó documentada en un espacio público y digital, con producciones didácticas en múltiples formatos. El aula dejó de ser un espacio cerrado y comenzó a dialogar con otros públicos, incluso más allá del barrio. A lo largo de estos siete años, lo que se construyó en el Dorita con la materia Nuevas Tecnologías es mucho más que un programa de contenidos. Es una forma de entender la enseñanza desde la justicia educativa y la inclusión social.

En la cursada de este año, dimos un nuevo paso incorporando el análisis de los desarrollos de inteligencia artificial (IA) generativa y sus efectos en el rediseño de la enseñanza y los procesos de aprendizaje. Nos propusimos

comprender en profundidad esta tendencia cultural, desmitificarla y explorar su necesaria complementariedad con las personas, subrayando la centralidad de las preguntas, instrucciones o *prompts* que median la interacción con los grandes modelos de lenguaje. La idea de la IA generativa como un “asistente sofisticado” para pensar y enriquecer nuestras prácticas docentes abrió debates y también ensayos concretos de uso. En este marco, comenzamos a construir colectivamente una biblioteca de *prompts* educativos que acompañara el diseño de propuestas, proyectos pedagógicos y planificaciones, con la convicción de que su potencia radica no en sustituir al trabajo docente sino en expandir sus horizontes de creación.

La experiencia del Dorita muestra que la educación popular y la formación docente pueden dialogar con las tecnologías desde una perspectiva crítica y situada. Formar maestras en el barrio implica reconocer que enseñar no es solo transmitir conocimientos, sino también construir sentidos y condiciones para que las infancias accedan a derechos culturales y tecnológicos. La materia se convirtió, en este sentido, en un laboratorio de innovación didáctica: no porque disponga de los últimos dispositivos, sino porque se atreve a mirar de frente la realidad y crear con lo que hay.

Hoy, al mirar hacia atrás, las imágenes que quedan son muchas: pizarrones fotografiados, audios de *WhatsApp* con lecturas apasionadas, publicaciones de Instagram que sintetizan clases, estudiantes que se alientan entre sí para no abandonar. Todas esas escenas forman parte de una misma apuesta: enseñar tecnologías para incluir, para transformar, para abrir horizontes allí donde más se necesitan.

En definitiva, la historia de Nuevas Tecnologías en el Dorita es la historia de cómo la educación se reinventa en contextos adversos, con creatividad, compromiso y horizonte político. Lo que permanece es la certeza de que garantizar la justicia social y educativa requiere hoy de manera ineludible, el acceso y la comprensión de los territorios digitales. Formar maestras con conciencia crítica de ese desafío es apostar a transformar la escuela y la vida de las infancias. Desde la Villa 31, esa convicción se vuelve bandera. ■

## › Referencias

- › Serres, M. (2014). *Pulgarcita*. Fondo de Cultura Económica.